

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

LA IMPACIENCIA

En muchas ocasiones he hecho el elogio de la paciencia, lo que ha escandalizado a mucha gente. Es una palabra desprestigiada, porque se la confunde con la resignación blanda, o con la sumisión. Los antiguos, en cambio, la consideraban una virtud poderosísima, porque, decían, “nos permite ser dueños de nuestra alma”; es decir, pensaban que era una condición imprescindible para la libertad. Tomás de Aquino escribió: “La paciencia preserva al hombre del peligro de

que su espíritu sea quebrantado por la tristeza y pierda su grandeza”. La paciencia es la capacidad de mantener el esfuerzo y de aplazar la recompensa. Max Weber indicó que esta capacidad era la razón del éxito del sistema capitalista y, tal vez por ello, la paciencia sufre las mismas críticas que él. Sin embargo, hay que considerarla una virtud creadora. Vincent van Gogh escribe entusiasmado a su hermano Theo: “¡Hoy he leído una verdadera frase de artista!”. Se refería a una afirmación de Gustavo Doré: “¡Tengo la paciencia de un buey!”. Esto es lo que consideraba Van Gogh una frase de artista, que debía leer la legión de artistas impacientes que padecemos. A través de Kierkegaard he aprendido que la lengua danesa hace un enlace sapientísimo. *Mod* significa “valentía, coraje”, *taalmød* significa “paciencia”, y *longmød*, grandeza de alma, capacidad de emprender grandes empresas.

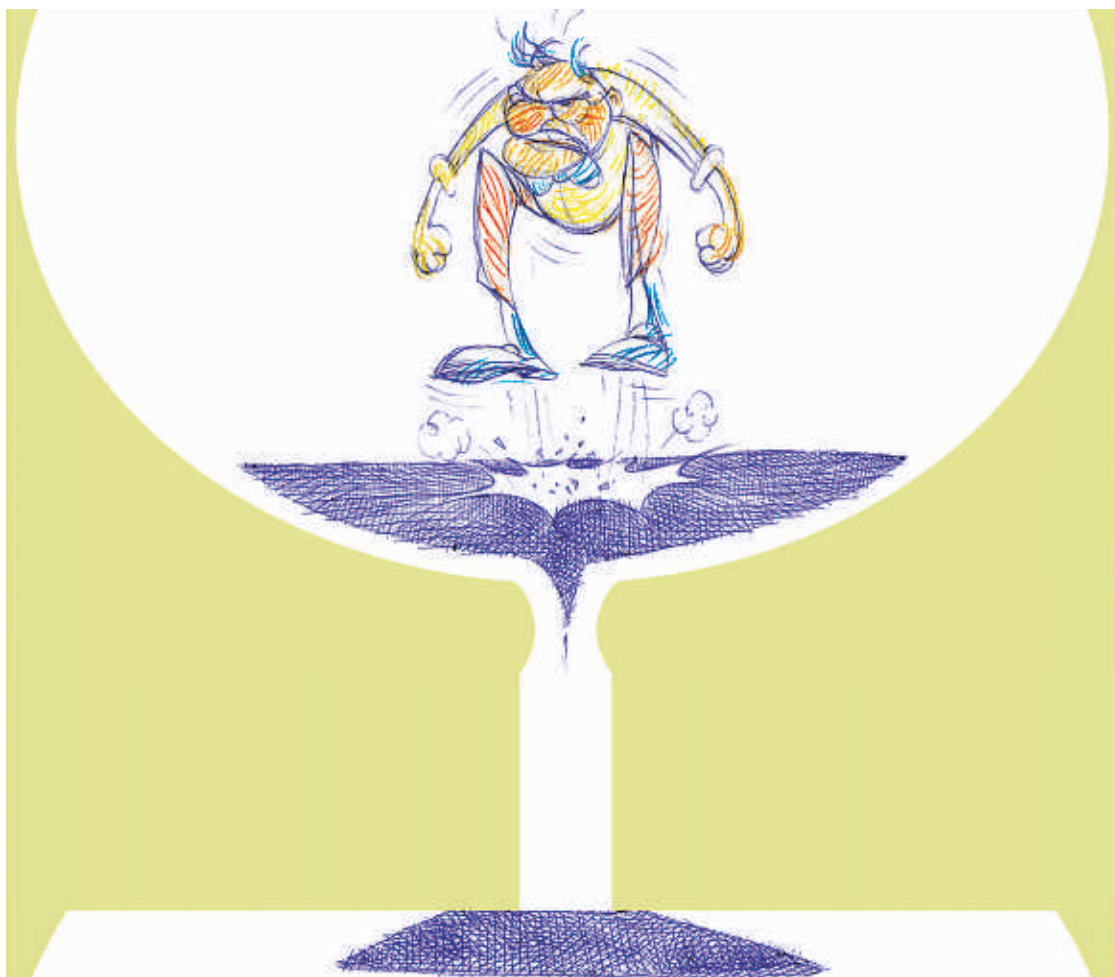
Con todo esto, no les extrañará que a los alumnos de la Universidad de Padres que dirijo (www.universidaddepadres.es) les diga que los niños deben aprender la paciencia, es decir, a esperar y aplazar el premio. El profesor David Shi señala que “esperar se ha convertido en una circunstancia intolerable”, y habla del “síndrome de la aceleración”. Zygmunt Bauman prefiere hablar del “síndrome de la impaciencia”. Caroline Meyer nos hace saber que cada día hay más niños estadounidenses que consideran agobiante el esfuerzo que implica comer una manzana. Se ha vuelto un trabajo arduo para las mandíbulas y una inversión de tiempo excesiva para la cantidad de placer obtenida. La nueva costumbre de beber

**LES DIGO A
LOS PADRES
QUE LOS
NIÑOS
DEBEN
APRENDER
LA
PACIENCIA;
A ESPERAR
Y APLAZAR
EL PREMIO**

cerveza directamente de la botella, dice, ¿no se relaciona con una creciente sensación de que es un trabajo excesivamente tedioso verter la cerveza de la botella en una copa antes de saciar la sed?

Para convencer a mis alumnos-padres les menciono el test inventado y comprobado por Walter Mischell. Se aplica a los niños de

cinco años. El experimentador da a los niños una golosina y les dice que pueden comérsela, pero que si no lo hacen durante los cinco minutos que va a estar fuera de la clase, al volver les dará un premio. Lo interesante es observar lo que hacen los niños. Unos se la zampan de inmediato, y otros ponen en marcha estrategias para librarse de la tentación: se tapan los ojos, intentan distraerse, corren alrededor de la clase. Mischell siguió a estos niños durante más de diez años, y comprobó que el resultado de este test de “aplazamiento de la recompensa” es un predictor más fiable de la capacidad del niño para enfrentarse a la realidad que los test de inteligencia. Por eso, al ver un anuncio que dice “No esperes a poder tenerlo, tenlo ya”, lo que tengo es ganas de llevarlo al juzgado de guardia por “atentado educativo”. ■



Raúl